

Invierno de 1860, a las afueras del noroeste de Madrid. En el Palacio de la Z, llamado así por tener esta forma, había huéspedes. Eran los Blackwell, recién llegados de Inglaterra, concretamente de Londres, pero vivían en las afueras, antes de Blackpool y después de Glasgow. Les había abierto la puerta el criado, Sebastián, con su candelabro de plata maciza en la venosa mano.

-¡Señores, podrán ocupar la torre menor del palacio! ¿No llevan equipaje? —preguntó Sebastián.

Con indudable acento de Cambridge, pero con unas pocas gotas de Oxford, ya que había estudiado dos meses en el sótano de la Universidad de ahí, Mr. Blackwell dijo en castellano anglicano:

-Nuestro equipaje venir “tomorrow” en la diligencia de las tres y “quarter”, señor.

-¡No, el señor es usted, acompáñenme a sus aposentos!

Miss Blackwell, rubia como la malta de cerveza flambeada, exclamó en un español de Valladolid:

-¡Vaya palacio tan enorme, y qué lámparas de araña más grandes!

Sebastián la miró, y luego a Mr. Blackwell:

-Mi “señowra” es de Tordechairs, un pueblo de Valladolid...

-¡Valladolid! ¿Tordechairs? -preguntó el criado.

-¡Tordesillas, amante esposo, que no acabas de aprender bien el español, diantre! -dijo su “señowra”... su señora.

El palacio de la Z tenía dos torres: en el Sur, o cola de la Z,

la torre menor, hacia donde se dirigían los Blackwell, pero donde el criado Sebastián, al no llevar éstos equipaje, rehusó acompañarles, y se fue a sus aposentos, justo debajo de la torre mayor, en la cabeza de la Z.

Una vez en allí, Sebastián miró hacia el techo. Sabía que en la torre mayor del palacio estaba la dama de verde, pero, ¿por qué nunca bajaba? Luego, a la hora de la cena, tendría que dar la excusa a los Blackwell: que no podía bajar por encontrarse indispueta, cualquier excusa, porque... Sebastián nunca había visto a la dama de verde. Sólo había oído hablar de ella cuando entró, en 1835, hace ya cuarto de siglo, al servicio de los Marqueses del Kostka. Al año de llegar, el Marqués se fue a cazar gamusinos, según dijo, y nunca más se supo de él. Quedaban la Marquesa y su hijo Aurelio, que al no saber qué había sido de su padre; en realidad padrastro, aunque él no lo supiera y, al parecer, su padrastro tampoco, no sabía si debería o no heredar el título. Su madre, la Marquesa, le dijo que para averiguarlo por qué no iba a la Cuesta de las Perdices, donde decían que habían visto al Marqués, en una cabaña de heno, cazando gamusinos en sus ratos libres. El hijo, ni corto ni perezoso, un par de meses después de la marcha de su padre, fue en busca de éste y desde entonces tampoco se supo nada de él. Su madre, la Marquesa, preocupada tras un mes sin noticias del pobre Sergio, que así también se llamaba su hijo, decidió ir en una carreta tirada por caballos percherones en busca de su marido y de su hijo. Mientras tanto, Sebastián se había quedado solo en la casa; desde principios del año 1837, aunque... no tan solo, ya que la dama de verde en la torre mayor se supone que estaba ahí.

Una vez, hacia 1850, Sebastián se atrevió a subir hasta la misma puerta de donde se suponía que estaba la dama de verde, pero se le apagó el candelabro y bajó las escaleras de tres en tres. Por otra parte, ahora esa visita de los Blackwell,